

A la negrura, a la opresión, a los ardides del camino de Tulle, se añadía una ausencia. Como los virajes me daban náuseas y la mayoría de las veces mantenía los ojos cerrados, tardé tiempo en identificarla. Era el cielo. Nos había dejado en Malemort. Tulle, en su ranura, estaba desprovista de cielo y yo sabía oscuramente que también estaría privado de él, con la respiración que nos procura, hasta que hubiéramos tomado el camino de regreso y se nos hubiera devuelto el color ocre y nuestra holganza, la seguridad perfecta, el aire tibio y, por añadidura, la gran bóveda clara, un tanto polvorienta, lanzada sobre las colinas.